

»encontrado entre estas montañas! escribia á la Señora de Chantal (1); qué respeto, qué acogida, ¡cuánta veneración hacía su Obispo! Antes de ayer llegué ya de noche á esta pequeña aldea (Nuestra Señora de la Biolle), y los habitantes, con una magnífica iluminacion que habian puesto por donde debia pasar, convirtieron la noche en un claro dia. ¡Ay de ellos, merecian otro Obispo!»

Dos admirables ejemplos le conmovieron mas profundamente aún que los otros: el primero fué el de un anciano, que atacado de una grave enfermedad, deseó recibir la bendicion de su Obispo. Francisco se rindió al punto á su deseo. «Monseñor, le dijo el enfermo, ¿me moriré?—He visto á algunos mas próximos á la muerte y se han curado, le contestó Francisco: confiad en Dios, que es el dueño de la vida y de la muerte.—¿Pero, en fin, os parece que moriré?—Un médico podrá contestar á eso mejor que yo. Lo mejor que podeis hacer es no inquietaros, y abandonaros á la providencia de Dios, que hará lo que mas os convenga.—Ah, Monseñor, contestó el aldeano, no es por el temor de morir por lo que os pregunto esto, es por miedo á no morir. Me cuesta trabajo en resolverme á quedar curado.—¿Pero teneis algunas penas en vuestra situacion y posicion, para que la vida se os haga tan pesada?—No, Monseñor, tengo todas las satisfacciones que se pueden desear en este mundo; pero en los sermones he oido celebrar tanto la otra vida y los gozos del paraiso, que este mundo me parece una prision.» Y continuando el buen aldeano hablando de la abundancia de su corazon, dijo del cielo cosas tan hermosas y de la vanidad del mundo cosas tan severas, que el santo Obispo, fuera de sí, derramó lágrimas de gozo admirado del espíritu de Dios que habia instruido tan bien á este hombre, sin letras y sin cultura. El virtuoso enfermo hizo en seguida actos de resignacion para vivir y de indiferencia para morir, segun el beneplácito divino, y pocas horas

(1) Carta CIV.

despues, fortalecido con los últimos Sacramentos, espiró dulcemente en el Señor (1).

El segundo ejemplo de virtud que llenó de gozo al hombre de Dios en estos países, fué el de una santa aldeana, cuya historia le habian referido, y cuyo raro mérito además habia podido apreciar por sí mismo. Esta santa jóven, llamada Pernette Boutey (2), de Amancy, cerca de la Roche, despues de haber sido en su juventud un modelo de piedad, habia sido tambien en el estado del matrimonio un modelo de caridad y dulzura, de aplicacion al trabajo y á todos sus deberes. Bajo cualquier punto de vista que se la hubiese considerado durante su vida, no se hubiera notado en ella nada que no fuese ejemplar; en el interior de su casa cuidaba de todo con un orden admirable, teniendo una paz inalterable con un marido de mal carácter, una bondad maternal con sus criados, una constante aficion en hacerlos felices en su clase, bien instruidos en la religion, y virtuosos en sus costumbres; y en lo exterior tenia un celo ardiente, pero discreto, en visitar á los enfermos, socorrer á los pobres, aliviar á los afligidos; en todas partes una conversacion edificante que atraia las almas á la virtud; una práctica bien entendida de la caridad, de la humildad, de la mortificacion, sostenida por la frecuencia de los sacramentos, por los ejercicios de piedad sabiamente dispuestos; y una union notable con Dios, que recompensó tantas virtudes, revelándole el dia y la hora de su muerte, y haciéndosela desear como la cosa mas amable.

Los hechos mismos por su naturaleza mas estraños á la piedad, proporcionaban al santo Obispo ocasion de animarse á la perfeccion de su estado. Un dia le contaron que un pastor de los alrededores de Chamounix, corriendo en busca de una vaca perdida, habia caído en un horrible precipicio, y habia perecido allí; cuyo desgraciado fin,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. III, sec. XLVI.

(2) Carlos Augusto, p. 351.

sabido por uno de sus vecinos, que habia reconocido el sombrero de este pastor á la entrada del precipicio, se decidió bajar á él sostenido por una cuerda, para buscarle, y le habia encontrado, no solo muerto sino helado; y que habiéndole cogido prontamente, habia gritado tiraran de él cuanto antes porque si no moriria tambien de frio, habiendo sido tan afortunados que pudieron sacarle de allí con el muerto entre los brazos. De esta relacion tan llena de interés, el santo Obispo sacó esta tierna conclusion: «¡Oh Dios! si tan grande ha sido el ardor de este pastor para buscar un vil animal, que no se ha enfriado con los hielos mas horribles, ¿cómo seré yo tan cobarde en buscar á mis ovejas? ¡Qué leccion para mí la de este pastor, que se espone á tan grandes peligros, con un celo que le lleva hasta olvidarse de sí mismo para no pensar mas que en el animal que teme perder, y en la caridad de este vecino, que desciende al abismo para sacar á su amigo! ¡Ah! estos hielos debian helarme de temor ó abrasarme de amor. No se encontrará nunca un sol bastante fuerte para que deshaga el hielo que me penetra.» (1)

El piadoso Obispo, que habia salido de Annecy el 18 de junio, volvió á entrar en esta ciudad el 28 de octubre, para celebrar en ella la fiesta de Todos los Santos en su catedral. Despues de haber atendido á los negocios mas urgentes, se ocupó en redactar un estado exacto de su diócesis para enviarlo á Roma, conforme á la costumbre de sus predecesores, y segun el juramento que habia hecho el dia de su consagracion, de dar cuenta de su administracion pastoral, cada cinco años, á la Sede Apostólica, ya personalmente, ya diputando á un delegado. Esta relacion, que aún se conserva, es singularmente notable, y nos hace conocer las costumbres y los usos de aquel tiempo (2).

(1) Cartas CV y CVI.—Dep. de Francisco Favre.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, part. XV, sec. XXVI.

(2) Opusc., p. 401.—Carlos Aug., p. 358.

El prelado espone primero que es el sexto Obispo de Ginebra residente en Annecy por consecuencia de la persecucion de los herejes, que lanzaron al primer pastor con todo su clero de su ciudad episcopal, y se apoderaron de todos sus bienes; que solo tiene de renta mil escudos de oro (1), de los cuales, deducidas todas las cargas, no le quedan para sus gastos mas que setecientos ducados, es decir, cerca de dos mil cuatrocientos quince francos (2); pero que no se queja de su pobreza, pues el que no ha experimentado la opulencia, sabe sufrir la privacion. *Qui non didicit abundare, novit penuriam pati*; que hay en su diócesis cuatrocientas cincuenta parroquias católicas, y otras ciento cuarenta que están unas bajo el dominio de los Berneses, y otras de la Francia en el país de Gex; que para estas últimas hace tiempo solicita del Rey Enrique IV el permiso de establecer en ellas el culto católico, de recobrar los bienes eclesiásticos con las ventajas que gozan las demás parroquias de Francia, si bien hasta la fecha no ha obtenido sino concesiones de poca importancia; que ha visitado doscientas sesenta parroquias, confirmando en todas partes á los fieles, dispensándoles el pan de la divina palabra, y que debe visitar el resto el año siguiente; que tiene su sínodo anual, y confiere los curatos á los que el concurso declara mas dignos de ellos; que vela cuidadosamente porque el Oficio divino se celebre en todas partes segun el rito romano; que el clero de su catedral, compuesto de treinta canónigos, de ocho racioneros y de seis niños de coro para el canto y la música, con otros cuatro eclesiásticos para las ceremonias y el cuidado de los ornamentos, celebra todos los oficios con exactitud, magnificencia y piedad, sin que la pobreza á que estan reducidos disminuya nada de su celo; que hay en la diócesis cuatro iglesias colegiadas, cuyo personal forma en todo sesenta y

(1) Es decir, tres mil seiscientos ochenta francos.—El escudo de oro valia tres francos sesenta y ocho céntimos.

(2) El ducado valia tres francos cuarenta y cinco céntimos.

seis canónigos, los cuales, aunque muy pobres, cantan todos los días el Oficio divino; seis abadías de hombres, cinco prioratos conventuales (1), cuatro conventos de cartujos, cinco de religiosos mendicantes, doce prioratos rurales unidos á diversas iglesias, otros doce poseidos como títulos, doce encomiendas, cinco monasterios de mujeres, quince casas de educación donde la juventud es instruida en la piedad y las ciencias, diez ciudades donde se dan regularmente las misiones de Cuaresma; y termina diciendo, que toda la diócesis que había sido invadida por la herejía, había vuelto á la fe, gracias á la protección del Duque de Saboya y al celo de varios predicadores seculares y regulares, entre los cuales coloca en primera línea á los capuchinos y jesuitas.

Después de haber dado esta relación el santo Obispo, cuyo celo nunca quedaba satisfecho, espone al Soberano Pontífice las necesidades de la diócesis, y los medios de proveer á ellas. La primera necesidad que indica es la institución de un seminario, la que presenta como más urgente en este país que en ningún otro de la cristiandad, rogando á la Santa Sede que, ó aplique las rentas de cierto número de prioratos rurales á proporción que vayan vacando, ó imponga á todo el clero una contribución conveniente para esta grande obra. De ahí pasa á la situación del lectoral y del penitenciario, que no teniendo en la renta de sus canongías los medios suficientes de subsistencia, estaban obligados á procurárselos por otros, con detrimento de sus funciones; pide al Soberano Pontífice una un beneficio á cada uno de estos títulos, para que los titulares, libres de toda solicitud para sí mismos, puedan entregarse enteramente, el uno á enseñar la teología, el otro al ministerio del confesonario. El santo Obispo habla luego de la reforma de los conventos de uno y otro sexo; por últi-

(1) Se llamaban prioratos conventuales los que contenían religiosos que vivían en comunidad, y prioratos simples ó no conventuales, los que no estaban fundados sino para uno solo.

mo, demuestra la necesidad de aumentar el número de las parroquias para el servicio religioso de las poblaciones aglomeradas en las altas montañas: «cosa, decía, muy fácil de hacer, si los diezmos percibidos por los abades que no las desempeñan, fueran aplicados á sostener verdaderos pastores, que comprendieran y llenaran sus deberes.» (1) Pero, como que si el Obispo hacía por sí mismo esta operación, tendría que sostener pleitos y apelaciones en los tribunales seculares, espuesto á perderlos, ruego á la Santa Sede envíe un visitador que prive á los sacerdotes ociosos de sus beneficios y los confiera á pastores dignos de este nombre.

Tal es el resumen de las memorias que Francisco compuso á su vuelta á Ancecy; escogiendo para que las llevara á Roma á su hermano Juan Francisco de Sales, canónigo de la catedral. Le confió al mismo tiempo dos cartas, la primera para el Papa, donde ruega al Soberano Pontífice le dispense que se haga representar por otro en una misión que le hubiera sido tan dulce llenar en persona, si el interés de la religión y diversas consideraciones no le hubieran detenido; la segunda para el cardenal Baronio, en la que, después de darle gracias por todas las atenciones que había recibido de él durante su estancia en Roma, reclama su protección contra los herejes y se estiende en su elogio (1).

El canónigo, provisto de estos dos despachos, partió contento con su misión, y recibió en Roma la más favora-

(1) Carta CX.

(2) Ponemos aquí esta carta, que se encuentra en el segundo volumen de las cartas del piadoso y sabio Cardenal, p. 234 y 235. *Benevolentia illa et sancta humanitas qua me, dum Romæ versarer, excepisti, audentiorem nunc efficit ad operamque tuam implorandam, cum fratrem istum meum germanum, ecclesie meae canonicum, ad visitanda Ss. Apostolorum limina, et remedia hujus ecclesie instauranda necessaria à Sancta Sede apostolica impetranda mitto. Neque est quod apud illust. et rev. dominationem tuam multis explicem quanta sit aut oneris gravitas, aut provincie difficultas, aut diocesis necessitas. Cum Genevam, filiam illam Babylonis miseram conspicio aliisque circum oppida hæreticorum faucibus absorpta,*

ble acogida. La alta opinion que se tenia ya de la eminente santidad del Obispo de Ginebra, hizo buscar y honrar en todas partes al que tenia el honor de ser su hermano y su enviado. Se leyó con interés la relacion del estado de la diócesis de Ginebra, y el Cardenal Pamplile, encargado de contestar á ella, no tuvo mas que alabanzas que tributar, felicitando al santo Obispo por todo el bien que habia hecho y seguia haciendo, y prometiéndole el apóyo de su crédito para con la Santa Sede. El canónigo Juan Francisco obtuvo todo lo que pidió, y cuando partió de Roma, varios Cardenales le entregaron cartas para el hombre de Dios, al que honraban con gran veneracion.

CAPITULO VI.

Francisco de Sales hace evangelizar el país de Gex.—Predica él mismo en diversos lugares.—Establece la academia Florimontana.—Reforma la abadia de la Abundancia.—Dice su opinion acerca de las disputas de los teólogos sobre la cuestion de la gracia.—Muerte de su hermana menor.

(Año 1607.)

En el cuadro consolador que Francisco de Sales habia hecho de su diócesis al Soberano Pontífice, el país de Gex proyectaba una sombra que entristecia, y á pesar de algunas concesiones arrancadas con trabajo á un poder que procuraba no disgustar á la herejía, estaba, bajo el punto de vista religioso, en un estado de sufrimiento estremo.

non possum non cogitare missum me ad gentem apostatricem, duram facie, indomabilem corde, ad domum exasperantem et ad scorpiones. Quare rogo te, illust. et rev. De., consurge mihi adversus malignantes, et sta mihi apud Sanctam Sedem adversus operantes iniquitatem. Sic enim fiet ut quemadmodum spiritum oris Christi ac gladium illum ancipitem ex annalibus tuis super aurum et topazion pretiosis tam facili successu hactenus vibrasti, sic etiam nunc qua polles auctoritatem exeras ad faciendam vindictam in nationibus schismaticorum et increpationes in populis hereticorum. Vale, illust. et rev. De., et me cultorem tuum addictissimum, tua benecolentia complecti ac fovere non desine, Christumque in omnibus habeto propitium. Annecii Allobrogum, die 28 nov. 1606.

Enrique IV, para consolar al santo Obispo, le autorizó para que enviara allí misioneros y le hiciese evangelizar, apresurándose el Baron de Luz, encargado de trasmitir el real decreto y cuidar de su ejecucion, á partiparselo á Francisco en una carta tan cristiana como llena de bondad y afecto. «No puedo tener contento igual, le escribe (1), »al que experimento en poder hacer alguna cosa que os »sea agradable, porque en el momento que os agrada, estoy »seguro de que es bien acogida por Dios. No me escaseéis »vuestras órdenes, y comunicándomelas me hareis mucha »caridad, puesto que no puedo hacer cosa que mas agrade »á la divina Majestad.»

El Obispo, al recibir esta carta, escogió religiosos edificantes y prudentes, y los envió á cultivar esta porcion de la viña del Señor cuya entrada se les abria. En cuanto á él quedó en Annecy, y se ocupó en predicar la Cuaresma de aquel año de 1607.

Conocia los males de su pueblo, sabia sus remedios, y nadie era mas á propósito que él para aplicarlos, tanto con la gracia de sus discursos, como con la santidad de su vida, que le abria por anticipado la puerta de todos los corazones. Para triunfar en esta santa cruzada del demonio, el mundo y las pasiones, todos los dias celebraba la Misa en la iglesia de Santo Domingo mientras que tocaban al sermon, y del altar subia al púlpito con los labios aún teñidos con la sangre de Jesucristo, predicando con una uncion y fuerza enteramente apostólica. Convirtió, entre otros, á una Señora protestante de mucho mérito, á la que hacia algunos años deseaba hacer entrar en la iglesia, considerándola capaz de hacer los mayores servicios á la religion. «Acabo de encontrar en vuestras sagradas »redes, escribió entonces, un pez que deseaba hace cuatro »años; he sentido en ello un consuelo grande, y le recomiendo á vuestras oraciones; es una señora toda de puro

(1) Manuscritos del proceso de la beatificacion.